

LIBROS CRÍTICAS



Sofía Casanova, en un retrato en torno a 1913. ARQUIVO DA REAL ACADEMIA GALEGA

REPORTAJES

Corresponsal entre los desesperados

Un libro recupera 150 crónicas sobre la Revolución rusa y las guerras mundiales de la periodista gallega Sofía Casanova, que fue candidata al Nobel de Literatura en 1925

POR TEREIXA CONSTENLA

Al escribir estas líneas se oyen los primeros cañonazos dirigidos a la roja enorme mole del Palacio de Invierno, donde el zarismo había concentrado sus imperiales esplendores y que ahora cobija al Gobierno republicano, bombardeado por sus contrincantes, los radicales pacifistas. La prensa española tuvo a su propia corresponsal en el Octubre Rojo: Sofía Casanova, que hablaba ruso (y otras cinco lenguas) y vivió en el país entre 1915 y 1918. Casanova no está enterrada en el Kremlin, como el célebre cronista estadounidense John Reed, que falleció en Moscú en 1920 y era comunista. La española era conservadora, monárquica y enemiga de los bolcheviques que fusilaron a sus cuñados polacos. Ella murió casi centenaria en Poznan (Polonia) en 1958. Escribió teatro, poesía, ensayo, novela y crónicas sobre aquellos tiempos malditos e interesantes que le tocó vivir, descritos en libros como *En la corte de los zares* y *La revolución bolchevista: diario de un testigo*. Aunque en las últimas décadas ha comenzado a rescatarse, la mayoría de sus títulos solo pueden encontrarse en librerías de segunda mano. A la visibilización de su obra ayudará la publicación de la antología *De guerra, revolución y otros artículos*, que recoge 150 artícu-

los, seleccionados y anotados por la esclavista Amelia Serraller Calvo.

Sofía Casanova nació en Almeiras (A Coruña) en 1861 y creció en un hogar burgués abandonado por el padre, rodeada de la efervescencia cultural del Rexurdimento gallego y arropada por una madre que logró publicarle sus primeros poemas en *Faro de Vigo*. En 1876 la familia se trasladó a Madrid, donde la joven escritora conoce al político y filósofo Wincenty Lutoslawski, que creía en Platón, el yoga y la profecía que auguraba que el salvador de Polonia nacería de la unión entre un nacionalista polaco y una extranjera. Se casaron. Tuvieron cuatro hijas. Tras la muerte de una de ellas, que no recibió medicinas por oposición del padre, la familia se instala en Galicia durante dos años.

Durante una visita a Varsovia estalla la Gran Guerra. Casanova se ofrece como enfermera en un hospital de Cruz Roja. Una carta a su familia se convierte en la primera crónica que publica *Abc*, que le ofrece un contrato de corresponsal. Escribe sobre el drama de los polacos que luchan en las filas de sus tres ejércitos ocupantes y sus experiencias: "Tiene la cabeza destrozada y sus manos se enfrían en mis manos. Me arrodillo y rezo por él, por los que no han de verle más... Entra un pope y le bendice, muere entonces. He

visto muchos muertos y agonizantes después. Aquel primero es inolvidable y su recuerdo me duele. No sé quién era; no sabrá nunca su madre cómo murió, que no murió solo".

La periodista narra la agónica retirada polaca hacia Rusia (cadáveres sin enterrar, tifus, bombardeo de zeplines...) de la que ella y su familia forman parte. "Fue una mujer en continuo éxodo", escribe en su introducción Serraller Calvo, "que vio su casa y sus escritos arder en más de una ocasión, pero se sobrepuso y sacó adelante a su familia". De sus primeros textos sobresale el pacifismo y la empatía: "Siento una íntima satisfacción habiendo perdido en la hecatombe polaca cuanto perdieron todos, los privilegios materiales en determinadas circunstancias nos humillan por inmerecidos".

Su llegada a Rusia en 1915 le permite asistir al estertor del zarismo. Cuenta la muerte de Rasputín, la abdicación de Nicolás II y el ascenso de Kerenski. "En ese trono que se desploma de una manera tan espantosamente rápida, sin lucha apenas, sin protestas, tenían clavadas sus garras la perfidia, la corrupción, las supersticiones y los místicos cultos perversos", sostiene en marzo de 1917. El nuevo régimen todavía no la ha decepcionado: "Si la Revolución rusa llega a reconstituir el país sin que nublen sus etapas las represalias, el odio de las clases, el ensañamiento de la República francesa, será el espíritu de esta revolución digno del otro fin que persigue: sustituir la tiranía por la justicia, la dignidad y el bienestar de todos los ciudadanos".

En 1918 entrevista a Trotski con una misión pública —el artículo se titularía *En el antro de las fieras*— y otra secreta —salvar a sus cuñados, dos nacionalistas polacos, ejecutados meses después—. Se estremece ante el San Petersburgo de entonces: "El hambre, el cólera, el suicidio acaban con muchas vidas en esos campos de concentración de los conspiradores, cuyo número aligeran cada día las ejecuciones arbitrarias. Las gentes lloran, enloquecen, se suicidan o asesinan radicalmente... Yo, en el torbellino de los desesperados, tengo una pena por todos que me rinde".

La decepción ante "el envilecimiento" de aquella revolución condicionó su adhesión al golpe militar en España. Mientras sirvió a la causa de Franco, recibió honores. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y atacó a Hitler, fue censurada en *Abc* y comenzó el principio de su ocaso.

Después de publicar más de una veintena de libros, de que Benito Pérez Galdós estrenase su primera obra en el Teatro Español, de ingresar en la Real Academia Galega, de publicar en *The New York Times* y ser propuesta para el Nobel de Literatura en 1925, la huella de Casanova se borró. Quizás porque no regresó a España desde 1938, quizás porque era una mujer de encrucijadas, capaz de querer a Franco y odiar a Hitler o de defender a la Iglesia y al feminismo a la vez. Demasiado compleja para convertirse en una bandera inmaculada.

De guerra, revolución y otros artículos

Sofía Casanova

La Umbría y la Solana y Los Libros de Fronterad, 2022. 622 páginas. 29 euros

ENSAYO

Una autopsia de la cárcel

POR JORDI AMAT

Este libro es un tratado sobre el proceso de deshumanización que implica la experiencia carcelaria. Que nadie espere la épica de *Cadena perpetua*, que nadie busque un *de profundis*. Aquí el lector, incomodado, se siente morir en vida porque Victor Serge explicó la cotidianidad en la cárcel como una condena peor a la sentencia de muerte. Su relato empieza con su detención y culmina con la liberación, pero este libro publicado en 1930 (en francés y en español) no explora su evolución personal. *Hombres en prisión* forma parte de un combate contra el sistema porque muestra cómo la máquina penitenciaria está concebida para ir laminando capas de identidad y así, a partir del primer día de privación de libertad, transformar al hombre en un ser con las constantes de humanidad bajo mínimos. El Serge que se recuerda contemplando los dibujos de angustia erótica pintados en paredes de distintas cárceles, que nos hace sentir el asco por el caldo sucio y el pan duro, que describe la celda como un "retrete sobredimensionado", es un revolucionario profesional.



En una página hay una alusión a su batalla. A pesar de la incomunicación, le llega una noticia desde el otro lado del muro: "Tu amigo B. se ha cargado al jefe de la Sûreté. ¡Oremus!". B. era el anarquista y delincuente Jules Bonnot. La víctima era jefe adjunto de la seguridad nacional y responsable de dismantelar el grupo de Bonnot, que había cometido diversos crímenes y atracos en París —el del banco Société Générale, que conste, fue el primero perpetrado en coche de toda la historia—. Estamos en la primavera de 1912. Después del robo, Serge los refugió. Y dicha vinculación lo llevó cinco años a la cárcel, experiencia que está en la base del libro que ahora se reedita. Cuatro días después del crimen, la policía liquidó a Bonnot.

Al salir de la cárcel Serge se trasladó a Barcelona. Su militancia radical, siempre crítica, le llevó a vivir una vida política épica. De Barcelona saltó a Francia, más cárcel, y en 1919 ya estaba en la Unión Soviética para colaborar en la construcción del Estado socialista, hasta que fue purgado por impugnar la deriva estalinista al situarse en la Nueva Izquierda. De esa época son sus primeros libros. Al poco la policía secreta rusa le confiscó sus manuscritos y fue deportado a los Urales. Pudo salvarse gracias a una campaña de apoyo internacional y, tras sobrevivir a diversos atentados dictados desde el Kremlin, tras denunciar los Juicios de Moscú, murió en México.

La peripecia aventurera de Serge es tan pura y fascinante, en ocasiones épica y arriesgada, que su literatura no siempre logra estar a la altura de su biografía. No es un escritor excelente, pero es un hombre magnético y hay una dimensión del siglo XX que no se comprende sin sus libros de historia o sus testimonios autobiográficos. Lo supieron Orwell o Gorkin, Sontag o Hitchens. Ese furor revolucionario está en las páginas de este libro que ataca el orden burgués —"el crimen cerrará el círculo del crimen"— y, al mismo tiempo, también es un manual de supervivencia para quienes militaban como él y pudiesen vivir una experiencia como la suya. Está su inteligencia monótona e inquietante para explorar el funcionamiento de esa máquina de destrucción que era la cárcel y sus consecuencias físicas y psicológicas, que van del miedo a la obsesión, la locura y el suicidio. Están los retratos humanísimos de sus compañeros de presidio. Y está también la resistencia para sobrevivir y seguir su combate. "A la monstruosa máquina carcelaria opone uno, en silencio, la firmeza y la inteligencia estoica del hombre más fuerte que el dolor de su carne, más fuerte que la locura".

Hombres en prisión

Victor Serge

Traducción de Álex Gilbert

Gatopardo, 2022. 288 páginas. 20,95 euros